

El Camino de Santiago en la literatura contemporánea : el ejemplo de Luis Mateo Díez

Autor(en): **Lacarra, María Jesús**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2005)**

Heft 6

PDF erstellt am: **11.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047423>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

El Camino de Santiago en la literatura contemporánea: el ejemplo de Luis Mateo Díez.

María Jesús Lacarra

Universidad de Zaragoza

En unas jornadas dedicadas a «La Historia en la Literatura: de la Edad Media a nuestros días» me pareció oportuno conmemorar el final del Año Jacobeo con una reflexión acerca de la importancia del Camino de Santiago en la literatura española contemporánea, con la esperanza de que se trataba de un motivo fructífero y adecuado para exponerlo en el corazón de la «Obere Strasse», una de las rutas favoritas de los peregrinos alemanes. Existen, por supuesto, abundantes novelas y cuentos sobre ese tema, aunque menos de los esperados, y no siempre de una gran calidad literaria. En unos casos parecen obras guiadas más por un interés didáctico, como pueden ser *Endrina y el secreto del peregrino* de Concha López Narváez o *La espada y la rosa* de Martínez Menchén; en otros casos nos encontramos ante un éxito de ventas algo oportunista, como la publicación, justo en este Año Santo, de *Peregrinatio* de Matilde Asensi, de la que ha salido una edición de lujo, quien ya se había ocupado del tema en *Iacobus*, sin olvidar *El verdugo de Dios* de Toti Martínez de Lezea, cuyo escenario es el tramo navarro del Camino¹. Otras, de mayor interés, no entran fácilmente en el apartado de ficción, como el clásico texto de Torrente Ballester, *Compostela y su ángel*, o *Por el camino de las peregrinaciones* de Álvaro Cunqueiro, reciente recopilación de artículos que iba publicando desde el año 1962 en «El faro de Vigo»². No abundan la buenas novelas sobre el

© Boletín Hispánico Helvético, volumen 6 (otoño 2005).

¹ Estas obras se han publicado en las siguientes ediciones: *Endrina y el secreto del peregrino*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987; *La espada y la rosa*, Madrid, Alfaguara, 1996; *Peregrinatio*, Barcelona, Planeta, 2004; *Iacobus*, Barcelona, Plaza-Janés, 2000; *El verdugo de Dios*, Madrid, Maeva Ediciones, 2004.

² *Compostela y su ángel*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1948, 1ª ed.; *Por el camino de las peregrinaciones*, Barcelona, Alba Editorial, 2004.

Camino y en ese sentido una obra como *El peregrino* de Jesús Torbado, Premio Ateneo de Sevilla en el año 1993, parece casi una excepción, a la que añadiría la menos conocida de Basilio Losada, *La Peregrina*, inspirada en una cantiga de Alfonso X³.

Dentro de este panorama resulta especialmente atractivo el tratamiento del tema que hace Luis Mateo Díez, al que la crítica considera unánimemente «una de las voces más sorprendentes, personales y originales de la narrativa española de nuestro tiempo»⁴. Recordemos que nació en 1942 en Villablino, al noroeste de la provincia de León, aunque en 1954 se trasladó a la capital de la provincia, donde su padre fue nombrado Secretario general de la Diputación, y donde residió hasta 1961. Pese a que una parte de su vida ha transcurrido en torno al Camino de Santiago, y hasta la provincia ficticia de Celama está cruzada al Norte por él y en ella «eran especialmente gravosos los famosos Votos, derivados de esta proximidad y de que la Orden de Santiago extendiera su cercana influencia»⁵, no tiene ninguna obra exclusivamente dedicada a este espacio mítico-religioso, aunque se convierte en un elemento subyacente que asoma desde sus primeros a sus últimos escritos. Los numerosos estudiosos de su trayectoria literaria han subrayado la huella que han dejado en ella las historias que escuchó de niño en las reuniones invernales, en los denominados «calechos o filandones», donde, lejos todavía de los inventos modernos, se reunían los vecinos en torno al fuego para referir cuentos, historias, romances, etc.⁶. El mismo autor, uno de los escritores con mayor capacidad de análisis sobre su proceso creativo, ha insistido, tanto en sus textos teóricos, como en diversas entrevistas, en la importancia que tiene en su obra el aprendizaje vital de esos años en contacto con la cultura oral, al que se superpuso la formación cultural adquirida en la biblioteca familiar;

³ *El peregrino*, Barcelona, Planeta, 1993; *La peregrina*, Barcelona, Grijalbo, 1999; la traducción italiana de esta última ha sido realizada por Giuseppe Tavani. Para una aproximación al tema, con especial atención a la obra de Jesús Torbado, puede verse el artículo de Constantino Chao Mata, «El Camino de Santiago y la literatura», en *Literatura y sociedad. El papel de la literatura en el siglo XX*, ed. Fidel López Criado, Universidad de la Coruña, Servicio de Publicaciones, 2001, págs. 453-461.

⁴ Santos Alonso, «Introducción» a Luis Mateo Díez, *La fuente de la edad*, Madrid, Cátedra, 2002, pág. 11.

⁵ Luis Mateo Díez, *La ruina del cielo*, Madrid, Ollero & Ramos, 1999, pág. 416.

⁶ Véanse, entre otros, los trabajos de Irene Andrés-Suárez, «El filandón y el calecho: testimonios literarios y etimología», *Cuadernos de narrativa. Luis Mateo Díez*, 4, diciembre de 1999 (Grand Séminaire. Universidad de Neuchâtel, 26-28 de octubre de 1999), págs. 57-74, y Asunción Castro Díez, «La narrativa de Luis Mateo Díez: el diálogo con la tradición oral», *Cuadernos de narrativa*, ob. cit., págs. 45-56.

sin embargo, no se ha abordado de un modo monográfico este aspecto, donde se van a conjugar sus lecturas con el rico mundo de las leyendas. Mi intención es orientar el estudio de la temática jacobea en la obra de Luis Mateo Díez desde dos perspectivas complementarias: por un lado, analizando la configuración del personaje del «peregrino» desde el «Maestro Panicha» al inquietante personaje de *Las horas completas*, pasando por el librero Nicolás, protagonista de «El sueño y la herida»; por otro, rastreando las numerosas apariciones de lagos legendarios, en cuyo trasfondo, combinado con otros recuerdos, se halla la leyenda de la misteriosa Lucerna, tal y como se recogía ya en el *Pseudo-Turpín*.

Las múltiples caras del peregrino: del «Maestro Panicha» a Las horas completas.

Si dejamos a un lado la publicación en 1972 de un temprano libro de poesía⁷, la trayectoria literaria de Luis Mateo Díez arranca con la aparición en 1973 de una colección de cuentos, *Memorial de hierbas*⁸, con la que obtuvo el segundo puesto del premio «Novelas y cuentos». Son narraciones de «corte clásico», como las califica Santos Alonso⁹, en las que se descubren esbozos de sus preocupaciones posteriores. En la primera parte, de las tres en que divide su colección, se incluye el relato del «Maestro Panicha» (págs. 54-70), distribuido en un proemio y cinco capítulos. La historia, ambientada en el siglo XVII, la protagoniza un contador de milagros, pícaro y tabernario, que recorre un tramo del Camino, entonando un «repertorio de milagrería y lecciones atribuidas al Santo» (pág. 56). El contexto histórico del cuento remite al claro retroceso experimentado por las peregrinaciones desde mediados del XVI, cuando la ruta empezó a poblarse de falsos peregrinos y embaucadores que se aprovechaban de la buena fe de quienes vivían cerca. Este proceso, recientemente estudiado por Luis Calvo Salgado¹⁰, se refleja en obras literarias del Siglo de Oro, como *El viaje de Turquía*, y es el trasfondo de este relato. Para contar su historia, Luis Mateo Díez recurre a un juego de perspectivas que

⁷ *Señales de humo*, León, Provincia, 1972.

⁸ Madrid, Magisterio Español (Novelas y cuentos), 1973.

⁹ Introducción citada, pág. 24.

¹⁰ Luis Calvo Salgado, *Die Wunder der Bettlerinnen. Krankheits- und Heilungsgeschichten in Burgos und Santo Domingo de la Calzada (1554-1559)*, Tübingen, Gunter Narra Verlag, 2000; traducción parcial, en *Milagros y mendigas en Burgos y La Rioja (1554-1559)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2002.

anticipa su rechazo a abusar del narrador omnisciente y recuerda al cronista que utilizará en su novela corta *Apócrifo del clavel y la espina*, publicada en 1977, pero escrita por las mismas fechas (Premio Café de Gijón, 1973). La historia del maestro Panicha le llega al narrador a través de diversas fuentes, no siempre coincidentes; por un lado, procede de unas cuartillas amarillas, escritas por Avelino Gómez, que tenía en su biblioteca familiar de Villafranca del Bierzo su buen amigo Belarmino Estrada, quien a su vez las había anotado, a las que se suman tres epistolarios y varias menciones en diversos opúsculos. El narrador se convierte, pues, en un transcriptor que ejerce también una labor investigadora para recomponer estos materiales diversos, lo que dice hacer en memoria de su amigo ya fallecido, sin olvidar su «propia capacidad de elucubración». Con este artificio se distancia de la ficción y se introduce en el relato un perspectivismo de precedentes claramente cervantinos, que impide averiguar con certeza cuál fue el final del personaje, ya que si según unos fue castigado por el Santo Oficio, otros piensan que murió asesinado, y hay quienes sostienen que su fallecimiento se debió a un simple cólico. Al modelo cervantino se superpone el picaresco, desde el recuerdo del *Lazarillo* hasta el *Estebanillo*, reconocible en la pareja formada por el Maestro y el joven Atanasio de Valduero, «jovenzuelo despierto y vivaracho» (pág. 66), quien acaba abandonando al maestro, no sin antes haber robado su «codiciosa talega en que Fortún llevaba todos sus ahorros» (pág. 68)¹¹.

En *Brasas de agosto*¹² se recogen gran parte de los cuentos de *Memorial de hierbas*, no así éste del «Maestro Panicha», en lo que podemos interpretar como un rechazo del propio autor. En su lugar añade entre otros, uno de nuevo de temática jacobea, «El sueño y la herida» (págs. 117-151), que a su vez había sido ya publicado por Almarabu en 1987. Los farsantes que poblaban el camino en el XVII, dejan paso ahora a los cabalistas y alquimistas medievales para quienes la ruta era también un modo de alcanzar la Piedra Filosofal. Sin embargo, para el protagonista del cuento,

¹¹ «Yo tuve la suerte de tener a mi lado muy pronto a don Alonso, de reconocerle con la aureola melancólica que irradiaba su triste figura. Y fue la suya una compañía emparentada con otros seres a quienes también sentí muy cercanos, a quienes también pude amar bajo el sostén de algunas palabras antiguas que me fascinaban y cuyo secreto, en ocasiones, me costó desvelar: Lázaro, Estebanillo, Rinconete, Justina y otros habitantes más o menos solapados del Monipodio» (Luis Mateo Díez, «Don Quijote cuando nieva», *El porvenir de la ficción*, Madrid, Caballo Griego para la Poesía, 1992, pág. 84).

¹² Madrid, Alfaguara, 1989.

el librero Nicolás, el viaje es una aventura espiritual, una forma de purificación, que abre también la posibilidad de encontrar alguna ayuda para descifrar los enigmas del Libro, con mayúsculas, que lleva entre sus pechos. Las ensoñaciones del personaje nos van reconstruyendo su historia. A través de su memoria conocemos la importancia que desempeñó en su vida un extraño sueño que tuvo de joven, cuando se le apareció un ángel con un libro que nadie podía descifrar. Años después la obra se materializa cuando un extranjero le vende un volumen, lleno de misterios cabalísticos y alquímicos. Así transcurre su vida, acompañado siempre por su esposa Giselle, obsesionado por desentrañar esas páginas, hasta que opta por peregrinar a Compostela con la idea de encontrar en la judería de León una solución para sus enigmas¹³. La trayectoria de Nicolás tiene, sin embargo, su punto final a las puertas del conocimiento, cuando dos hombres lo matan antes de entrar en la ciudad, cumpliéndose así la maldición anunciada. Los juegos barrocos y realistas del «maestro Panicha» han sido sustituidos por el simbolismo de este cuento, más próximo a Jorge Luis Borges, y más acorde con lo que serán sus preocupaciones narrativas futuras.

Por último, el tercer peregrino jacobeo creado por Luis Mateo Díez desempeña un papel importante en *Las horas completas*, de ambientación esta vez contemporánea. Publicada tras *La fuente de la edad*, que supuso su consagración como novelista al obtener el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura, esta obra, aparecida en 1990, es su tercera novela, tras *Las estaciones provinciales* de 1982. En ella tres canónigos y dos sacerdotes jóvenes emprenden una tarde de domingo una excursión en coche para ir a merendar a casa de don Mero, cura de una población cercana. Lo que se presenta como una corta salida para romper la monotonía de sus tranquilas vidas se convierte en toda una aventura al encontrarse en la carretera con un peregrino, cuyas mentiras y trampas acaban trastornándoles. Este breve resumen es solo una síntesis de lo que pudiéramos considerar el marco, que da poca idea de la complejidad narrativa y simbólica que el relato puede alcanzar, ya que los personajes continuamente cuentan historias, oídas, vividas o soñadas. La acción principal, más bien escasa, transcurre en el corto espacio que separa una población con Colegiata románica,

¹³ En el desplazamiento del librero subyace el móvil de la búsqueda que articula tantas obras del Luis Mateo Díez, como la *Fuente de la edad* o *Camino de perdición*; véase, entre otros, la excelente introducción de María Payeras a *Relato de Babia*, Valladolid, Ámbito, 2003, pág. 49.

fácil trasunto de León, y el pueblo de San Martín, donde les espera don Mero, en un recorrido de ida y vuelta. Las inesperadas peripecias del viaje alargan la aventura desde las cuatro de la tarde, de un apacible domingo, hasta el amanecer, cuando vuelven, y descubren que la sorprendente luz que irradia la ciudad no está producida por la claridad solar sino por el pavoroso incendio desatado en la Colegiata, provocado por un infernillo que don Ignacio había dejado encendido y al que se aludía en las primeras líneas de la novela. Se trata de un relato claramente circular, donde los personajes, pese a su corto desplazamiento, encuentran a su regreso al punto de partida la destrucción y la muerte¹⁴.

Esta estructura cerrada tiene su contrapunto en la cita inicial en la que se reproduce un pasaje del salmo 90, 6, según la versión de la *Vulgata*:

Non timebis a timore nocturno;
A sagitta volante in die,
A negotio per ambulante in tenebris,
Ab incurso, et daemonio meridiano¹⁵.

El versículo alude al famoso «demonio del mediodía», pero su origen está en un error de traducción que los exégetas de la Biblia no tardaron en corregir; la lectura del salmo 91(90), 6, en la *Biblia de Jerusalén* ya no habla más que del «azote» que golpea al mediodía:

No temerás el terror de la noche,
Ni la saeta que de día vuela,
Ni la peste que avanza en las tinieblas,
Ni el azote que devasta a mediodía¹⁶.

No puede ser casual que Luis Mateo Díez haya optado por esta cita de la *Vulgata*, en la que se introduce la idea de un poderoso maleficio, el *demonium meridianum*, y que corresponde a un salmo que se reza los domingos en la hora sexta de los oficios religiosos a los que alude el título de la novela. Se trata de la hora de la siesta

¹⁴ Otras obras del mismo autor también se construyen como un relato circular; así la *Fuente de la edad* se abre y se cierra con la azotea de Chon Orallo, los enemigos del Casino y la inocente Dorina, y en *Camino de perdición* el primer y el último capítulo presentan la imagen de un dedo índice sangrante.

¹⁵ *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam*, ed. A. Colunga, O. P., y L. Turrado, Matriti, Biblioteca de Autores Cristianos, 1977, pág. 531.

¹⁶ *Biblia de Jerusalén*. Nueva edición totalmente revisada y aumentada, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1975, pág. 801.

y del sopor, la misma en la que los sacerdotes emprenden su excursión, momento temido por los monjes medievales ya que en él, al igual que en la medianoche, hacía su aparición el maleficio del demonio y se despertaba en ellos la «acidia», considerada como el octavo pecado capital¹⁷. Consistía en una especie de alucinación psicológica de la que hablaba con mucha frecuencia el discurso teológico, pero que también recorre la literatura profana. El demonio de la acidia ataca al monje y le hace experimentar aversión por el lugar donde se encuentra y por su estilo de vida y provoca en él unas sensaciones que se identifican con la *tristitia*, es decir con la pereza y la melancolía, como parece ocurrirles en la novela a los cinco religiosos. El regreso puede relacionarse con las últimas oraciones del día, precisamente las «completas», que dan título al libro. Según el ritual romano, dentro de la liturgia de las horas, las «completas» significaban el final de la actividad, cuando se iniciaba el descanso, que iba precedido del rezo de los salmos para obtener el perdón de los pecados y conjurar los peligros de la noche que comenzaban a partir de ese momento¹⁸. Sin embargo, este viaje «de vísperas a completas» de los canónigos se verá perturbado por la aparición de un misterioso peregrino.

El eje de la historia no es en esta ocasión, como en otras novelas de Luis Mateo Díez, una búsqueda sino un encuentro inesperado. La sorprendente figura del peregrino se les aparece en dos

¹⁷ El diablo meridiano se mencionaba ya en el cuento del «maestro Panicha» («De todas las vegetaciones humanas florecidas en la vía jacobea, entre penitentes, mozos de jornada, farsantes, caballeros o frailes de mala ley, todos ellos incapaces de sacudirse el temblor del diablo meridiano», ed. cit., pág. 56) y a su vez da título a un libro (*El diablo meridiano*, Madrid, Alfaguara, 2001), constituido por tres novelas cortas, la primera de las cuales recibe también esa denominación, y que, aunque recientemente publicada, «se fraguó hace muchos años», según declaró en una entrevista a Amelia Castilla (*El País. Babelia*, sábado, 31 de marzo de 2001). Entre sus páginas se lee: «viene el diablo al mediodía, que es cuando la conciencia se relaja, cuando se relajan los músculos y se extravía la imaginación en ese punto de somnolencia y deseo» (pág. 46). Para rastrear el tema desde la antigüedad pueden consultarse los trabajos de Joseph E. Gillet, «Mediodía y el demonio meridiano en España», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), 307-315, y Michel Stanesco, «Du démon de midi à l'Éros mélancolique», *Poétique*, 106 (1996), 131-159.

¹⁸ Para la acidia en la Edad Media, véanse los trabajos de Siegfried Wenzel, «Acedia», *Traditio*, 22 (1966), 73-102, y *The Sin of Sloth. Acedia in medieval Thought and Literature*, Chapel Hill, 1967; una actualización bibliográfica sobre las horas canónicas y los pecados en la Edad Media se encontrará en el reciente artículo de Bienvenido Morros, «Las horas canónicas en el *Libro de buen amor*», *Anuario de Estudios Medievales*, 34, 1 (2004), 357-415.

ocasiones, tirado en medio de la calzada, tanto en el viaje de ida (capítulos 2, 3 y 4) como en el de vuelta (capítulos 8 y 9), reforzando así la circularidad de la obra. Al igual que el librero Nicolás, dice haberse puesto en camino para cumplir con

lo que creo es la revelación de un sueño [...]. Soñé [...] que una mano me tomaba del lecho donde estaba dormido. Y luego en su palma abierta, yo recorría las líneas allí marcadas, esas rayas que eran como regueros que me conducían hacia un centro misterioso que no lograba alcanzar (págs. 32-33).

Y nos sorprende con una nota erudita, al mencionar el *Codex Calixtinus*, versión completa del *Liber sancti Jacobi*, redactado probablemente en Compostela poco después de 1140:

Para mí el Camino qué quieren que les diga, está resultando una liberación, un espejo donde reencontrarme, perdido en esta soledad itinerante a la que, como ustedes recordarán, ya se refería el *Codex calixtinus* (pág. 32).

Sin embargo, estas palabras no reflejan la auténtica naturaleza del personaje, más cercano al demonio meridiano, o incluso al Anticristo, con su edad simbólica de treinta y tres años, que a un devoto peregrino¹⁹. Como señala Kurt Spang, «este peregrino pervierte la función originaria de la peregrinación como penitencia o como agradecimiento de la misma forma que pervierte todo lo que toca y lo que dice»²⁰. Primero se revela como un experto fabulador, capaz de inventarse distintas vidas, después como un curioso atracador, que obliga a los sacerdotes, a punta de pistola, a que le relaten los pecados más graves escuchados bajo secreto de confesión (cap. 4), para por último amenazarles de muerte si no le proporcionan los objetos más valiosos de la Colegiata (pág. 206). Con actitudes de loco y visionario, solo él parece conocer el trágico

¹⁹ Ángel Basanta, «El arte narrativo de Luis Mateo Díez: de *Memorial de hierbas a Camino de perdición*», en Asunción Castro Díez y Domingo-Luis Hernández (eds.), *Luis Mateo Díez: los laberintos de la memoria*, Madrid, La Página Ediciones, 2003, págs. 97-117 (110).

²⁰ Kurt Spang, «Luis Mateo Díez, *Las horas completas*. La constante amenaza de la existencia», en *Abriendo caminos. La literatura española desde 1975*, ed. Dieter Ingenschay y Hans-Jörg Neuschäfer, Barcelona, Lumen, 1994, págs. 85-95 (91). Para Juan Oleza, «el peregrino es uno de esos personajes que por sí mismo justifica todo el trabajo de un autor», en «*Las horas completas: metáforas de una modernidad en crisis*», en *Luis Mateo Díez: los laberintos de la memoria*, ob. cit., págs. 187-200 (191).

final que se avecina, cuando acabe gravemente herido por un disparo fortuito de su propia arma, y se encuentren ante el incendio:

A la vuelta de una curva de éstas, de una cualquiera, de la próxima acaso, está la muerte como un abismo que no nos lleva a la otra vida, no sean ingenuos, sino a la otra orilla (pág.194).

Sin embargo, los cinco sacerdotes, representantes de un mundo arcaico, son incapaces de descodificar la realidad, al igual que tampoco sabrán entender las advertencias que entrañará un cuento narrado por doña Olina²¹, y así cuando llegue la hora de «completas» no encontrarán el reposo.

Entre el «Maestro Panicha» y este peregrino innominado, pasando por el maestro Nicolás, se descubren algunos puntos comunes y bastantes divergencias que señalan la evolución del arte narrativo de Luis Mateo Díez. Los tres se desplazan por la ruta jacobea, entre dos extremos que podemos situar en Burgos y León, aunque con preferencia se mencionen poblaciones como Frómista, Castrojeriz, Sahagún o Mansilla, cercanas al referente vital del autor. Esta toponimia real, unida a unos antropónimos convencionales, o al menos verosímiles, es característica de su primera etapa, la que él mismo llama «novelas de salida», cuando todavía no ha alcanzado el dominio del territorio imaginario²². A su vez, el peregrino de *Las horas completas* comparte con el Maestro Panicha su componente picaresco y su afición por narrar historias, lo que sería también una realidad en la ruta jacobea, pero su inquietante figura parece el contrapunto del maestro Nicolás,

²¹ Cuento y marco narrativo mantienen una clara relación especular. En el relato de doña Olina, don Beltrán, el señor del castillo, está a punto de arrollar el cuerpo de un hombre tirado por un camino que resulta ser un mendigo. Este personaje, al igual que el peregrino, altera su vida, así como la de su esposa y la de su hija, introduciendo en ellas la desgracia. La narradora parece muy consciente de la correspondencia con la historia principal, como se desprende de sus acotaciones: «Ya ven ustedes que un suceso tan banal como encontrar un mendigo tirado por esos caminos de Dios, había acarreado sus consecuencias, porque la vida, cualquiera que sea y corresponda a quien corresponda, es siempre más frágil y misteriosa de lo que a primera vista pudiera parecer» (pág. 115). Finalmente las llamas de una despiadada hoguera devorarán el castillo, en un anuncio del final, de nuevo señalado por doña Olina: «Este cuento que les he contado igual hasta sirve para defenderse de alguna de ellas (desgracia), porque no hay cuento bueno que no sea útil ni desgracia que no pueda advertirse» (pág. 117).

²² Entrevista de Cristiano Dalla Corte, publicada en la revista electrónica *Artifara*, 2 (<http://www.artifara.com/rivista2/testi/mateodiez.asp>).

ambos embarcados en un viaje simbólico, auténtica metáfora de la existencia. El propio autor ha señalado que «la del viaje es siempre una imagen que acomoda muy bien a mi propio entendimiento de ficción»²³, por lo que no es extraño que quien articula sus relatos en torno a caminos y caminantes se haya dejado seducir también por el poder evocador de la ruta jacobea.

La civilización sepultada y el lago de Lucerna

Con la publicación de *Camino de perdición*²⁴, Luis Mateo Díez comenzará una nueva andadura, que le llevará a las que él llama «novelas de llegada», en las que se irá creando un territorio propio, que sólo existe en su imaginación, como lo reflejarán los singulares antropónimos y topónimos. Dentro de ese universo ficticio y misterioso aparecerá un espacio legendario, cuyas remotas raíces se hundan en el folclore y cuya plasmación escrita está asociada al Camino de Santiago. En la novela se narra el largo viaje de Sebastián Odollo, representante de tejidos, en busca de un compañero desaparecido, lo que le lleva a reconstruir su propia vida. Cerca ya del final, agobiado por sus trampas y enredos, el viajante se adentra una noche con su coche por las escarpadas cimas de un puerto, cuya denominación parece un aviso para caminantes: «puerto de Lucerna». Un inesperado pinchazo le obliga a orillar el coche y a alejarse unos metros por la carretera, envuelto en la niebla, hasta que encuentra un sendero que le conduce a las ruinas del pueblo de Lucerna. Allí descubre otros coches y a un extraño personaje llamado Otano, vestido de andrajos, que se ofrece para ayudarle. De su boca salen todas las explicaciones del misterioso paraje:

Lucerna no fue nunca un pueblo de postín, decía el hombre sin

²³ Luis Mateo Díez, «Ámbitos de la leyenda», en *El pasado legendario*, Madrid, Alfaguara, 2000, pág. 15. Son muchos los críticos que han estudiado la importancia del mitema del viaje como elemento estructurador de sus obras y su dimensión simbólica; véanse, entre otros, los trabajos de Ricardo Senabre, «Temas y motivos en la narrativa de Luis Mateo Díez», en *Cuadernos de narrativa*, ob. cit., págs. 35-44; Samuel Amell, «El motivo del viaje en tres novelas del posfranquismo», en *Estudios en homenaje a Enrique Ruiz-Fornells*, ed. Juan Fernández Jiménez, José J. Labrador Herraiz y L. Teresa Valdivieso, Pennsylvania, Aldeuu, 1990, págs. 12-17, y Marta E. Altisent, «Caminos sin retorno en los relatos de Luis Mateo Díez», en *Luis Mateo Díez: los laberintos de la memoria*, ob. cit., págs. 361-375.

²⁴ Madrid, Alfaguara, 1995.

detenerse, porque para vivir por estos altos de todo puede pedirse menos comodidades, pero fue un pueblo honrado, con su caserío, su capilla y su camposanto [...]. Ahora es ese montón de piedra que indica que el olvido es el fermento de la destrucción (págs.380-381).

En la única casa que se mantenía en pie estaban junto a una hoguera sentados ya tres hombres, a los que se sumarán Sebastián Odollo y el mendigo como maestro de ceremonias de un singular «filandón» en el que cada uno de los asistentes tendrá que contar su historia. Nadie debe preocuparse por lo que diga, puesto que el episodio parece situarse más allá de este mundo:

Háganse a la idea de que se perdieron y de que en su perdición acaban de encontrar la mayor libertad que puede hallarse en el mundo, que no es otra que ésta de estar desaparecidos en un tiempo y en un lugar que cualquier persona con dos dedos de frente podría perfectamente decir que no existen (pág. 382).

Tras escuchar los tres relatos, Odallo y Otano se asoman de nuevo al exterior, y contemplan el paraje, con el lago helado iluminado por la luna:

Es así de raro -decía Otano- todo lo que está sumergido es doblemente misterioso [...] Es un lago ausente [...] aquí no crea que hay mucha tradición de venir a verlo. Las truchas nadie las pesca y bañarse en él ni por asomo. Tiene el respeto de la leyenda y no hay mejor coartada que ese respeto. Los lagos son dueños de una memoria podrida porque, además de la leyenda, que nunca es benigna, y la de éste menos que ninguna, está el asunto de los muertos que se hayan cobrado (págs. 392-393).

Este espacio fantasmagórico está lleno de resonancias literarias y folclóricas, cuyas múltiples implicaciones sólo puedo apuntar ahora. En la literatura medieval el nombre de Lucerna se asocia a la leyenda de Carlomagno en España, en la que se narra cómo conquistó numerosos lugares, pero se le resistieron tres ciudades, una de ellas la denominada Lucerna, a las que finalmente no sólo destruyó sino que también maldijo. La historia la retoman distintos cantares de gesta franceses correspondientes al ciclo carolingio, como el *Anseïs de Cartage*, o el *Gui de Bourgogne*, aunque la versión más antigua aparece en el capítulo 3 del *Pseudo-Turpín*, la crónica de Carlomagno que forma la cuarta parte del ya mencionado

Codex Calixtinus. Allí, tras enumerar las ciudades conquistadas por Carlomagno, el cronista se detiene en esta excepción:

Lucerna, fortificadísima ciudad que está en Valverde y que no pudo tomar hasta lo último. Pero finalmente llegó junto a ella, la sitió y mantuvo el sitio por espacio de cuatro meses, y tras elevar sus preces a Dios y a Santiago, cayeron sus murallas y permanece inhabitable hasta hoy en día, pues en medio de ella surgió un estanque de aguas negras, en donde se encuentran grandes peces negros. [...] Estas son las ciudades que él (Carlomagno) maldijo después de conquistarlas con laborioso esfuerzo, y por eso permanecen hasta hoy sin habitantes: Lucerna, Ventosa, Cappara, Adamia²⁵.

La localización de la ciudad maldita se ha supuesto en el reino de León, ya que en el *Pseudo Turpín* aparece mencionada tras Palencia y antes de Astorga, a lo que se suma su asociación con Valverde (*Vallis Viridis*) que, según el *Codex Calixtinus*, corresponde al valle por el que discurre el Sil junto a Ponferrada. En sus estudios sobre la épica francesa Joseph Bédier propuso la identificación de la mítica Lucerna con el lago Carucedo, ubicado en el Camino de Santiago en la comarca del Bierzo, a lo que luego vino a sumarse la hipótesis de Luis Cortés, recordando la leyenda del lago de Sanabria, al noroeste de la provincia de Zamora²⁶. Se trata de dos lagos con una larga tradición literaria, ya que uno inspiró a Enrique Gil y Carrasco *El señor de Bembibre*, y el otro es la imagen recurrente en la novelita de Unamuno *San Manuel Bueno, mártir* (con una inversión de Lucerna de Valverde, convertida ahora en Valverde de Lucerna) y también lo recordará Alejandro Casona en

²⁵ A. Moralejo, C. Torres y J. Feo (trads.), *Liber sancti Jacobi*. «*Codex Calixtinus*», Santiago de Compostela, CSIC, 1951, pág. 413; véase también A. M. Symser, «The engulfed Lucerna of the Pseudo-Turpin», *Harvard Studies and Notes in Philology and Literature*, 15 (1933), 49-73.

²⁶ Luis Cortés, «La leyenda del Lago de Sanabria», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 4 (1948), 94-114; en «De nuevo en torno a la ciudad sumergida de Lucerna», en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid, Gredos, 1987, vol. 3, págs. 377-387, parece inclinarse por la localización de Bédier. En *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*, Salamanca, Gráficas Cervantes, 1981, reprodujo de nuevo los textos junto a otros materiales folclóricos de la región. Por su parte, para Joseph Bédier, «Luiserne ou Ventosa était en Valverde, près du lac de Caricedo et sur le territoire de l'abbaye du même nom, qui s'élevait à deux kilomètres de la route de Compostelle», en *Les Légendes épiques. Recherches sur la formation des Chansons de Geste*, Paris, Librairie E. Champion, 1929, vol. 3, págs. 152 y ss. (pág. 156).

*La dama del alba*²⁷. En ningún caso se vincula su génesis con Carlomagno, sino que se explica como resultado de un castigo divino, tal y como con mucha frecuencia se recoge en la tradición folclórica de innumerables países. Del pueblo sepultado sólo se oyen las campanas de la iglesia, en alguna fecha señalada, con frecuencia al amanecer del día de san Juan. En cuanto al origen del topónimo, Lucerna, ajeno a la tradición hispánica, José María Anguita Jaén ha propuesto relacionarlo con Luzern, también a orillas de un lago. Según algunos cronistas medievales, la antigua ciudad habría sido destruida por Carlomagno por resistirse a él y fulminada por una maldición sin poder ser reconstruida. De aceptarse esta hipótesis, el origen remoto de la leyenda estaría en Suiza y se habría propagado a través del Camino de Santiago para finalmente adaptarse y fusionarse con una tradición peninsular²⁸.

El tema de la aparición de un lago, que sepulta pueblos y valles, como castigo divino a la mala conducta de sus habitantes, es también un motivo folclórico (M 477 *Curse on lake*, según el repertorio de Stith Thompson), ampliamente extendido en la tradición universal, que con frecuencia se reviste de cuento hagiográfico. Dentro de la catalogación tipológica de Aarne-Thompson se corresponde con el tipo 750C²⁹, cuya síntesis puede ser así: un personaje religioso (Jesucristo, la Virgen), solo o acompañado, se presenta en un pueblo, pidiendo hospitalidad o una limosna. Nadie le presta ayuda, y a veces hasta recibe daño o desprecio por parte de los nativos, salvo de un vecino o una familia que le ofrecen comida. Los desconocidos, en muchas versiones, maldicen a sus habitantes y a sus tierras, pero avisan a sus protectores para que se salven. Al poco tiempo, una catástrofe natural, un gran fuego, una inundación o un diluvio, destruye por

²⁷ Pilar Díez Taboada, «Tema y leyenda de *El lago de Carucedo* de Enrique Gil y Carrasco», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 43 (1988), 227-238; Alfred Rodríguez y Karen M. Farren, «Sobre el lago y la montaña en *San Manuel Bueno, mártir*», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 31 (1996), 115-19.

²⁸ José María Anguita Jaén, «Luzern und die Legende der versunkene Stadt», en *Strenarum lanx. Beiträge zur Philologie und Geschichte des Mittelalters und der Frühen Neuzeit. Festgabe für Peter Stötz zum 40-jährigen Jubiläum des Mittellateinischen Seminars der Universität Zürich*, ed. Martin H. Graf und Christian Moser, Zug, Achius Verlag, 2003, págs. 145-160; «El Pseudo-Turpín y la leyenda de Lucerna. De los Alpes al lago de Sanabria», *Iacobus*, 15-16 (2003), 75-97.

²⁹ Para la clasificación de motivos y tipos folclóricos, véanse Stith Thompson, *Motif Index of Folk Literature*, Copenhagen-Bloomington, Rosenkilde&Bagger/Indiana University Press, 1955-1958, y Antti Aarne y Stith Thompson, *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography*, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica (FFC, 184), 1928 (trad. Helsinki, 1995).

completo el lugar, exterminando a todos sus supervivientes, excepto a quienes habían ejercido la caridad con los extraños³⁰.

Sin embargo, en el noroeste peninsular hay otros lagos con orígenes míticos menos conocidos, al margen de los mencionados lagos de Carucedo y de Sanabria, cuyas resonancias literarias han podido influir también en su fama. Algunas de estas otras leyendas, como la del lago de Isoba o la del lago de Babia, siguen vivas en la actualidad en la tradición oral y muy probablemente hayan llegado a oídos de Luis Mateo Díez. El origen de la laguna de Isoba, ubicada en la comarca leonesa de Puebla de Lillo, se explica por el rechazo de sus habitantes a recibir a Nuestro Señor o a la Virgen, como se refleja en estas dos versiones inéditas, recogidas por Jesús Suárez López, a quien agradezco su generosidad al enviármelas:

Y allí en el Lago de Isoba, yera un pueblo. Y había una que llamaban «La Pecadora» —qué sé yo si yera por no dir a misa o por lo que haya sío— Y había un cura y la casa'l cura y tóu. Entonces vino Nuestro Señor a pedir, y nun lle dieron ná más que en casa del cura y en casa «La Pecadora». Y «La Pecadora» tenía una penera ('cedazo') de penerar l'harina, y habíala emprestáu a otra vecina que había vinío a pedíllela. Y después cuando marchó Nuestro Señor dijo él:

—¡Que se hunda Isoba,
menos la casa del cura
y la de «La Pecadora».

Y hundióse Isoba. Y la penera que taba en casa la vecina quedó flotando. Y eso ye el Lago de Isoba.

Otra informante transmitió una versión algo distinta:

Ye el Pozo del Ausente, en el Puerto San Isidro. Llegas allí y hay un lago, tan grande, tan limpio, tan guapu, que es una cosa misteriosa. Porque ya el de Isoba, aquél que ta al pie de la carretera,

³⁰ En el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos religiosos* de Julio Camarena y Maxime Chevalier, Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pág. 30, se recoge esta versión, procedente del folclore alavés, y se señalan otros paralelos: «Había, donde ahora está el lago, una casa habitada por gente mala, que no iba a Misa. Un día, cuando estaban haciendo pan, llamó un mendigo y le negaron limosna. El criado de la casa, más caritativo que sus dueños, le dio a ocultar un buen mendrugo de pan. Marchó el mendigo y pasados quince o veinte días volvió y, acercándose al criado, le dijo que «a la una y media del medio día» saliera de casa y se apartara de ella. Hízole así el criado. Apenas se había alejado cuando volvió la mirada y vio que de las entrañas de la tierra salía agua que tragaba la casa, ocupaba todos aquellos terrenos y formaba el lago que aún existe».

tien xunclos, y non ves el fondo, ta oscuro. Pero el del Ausente tien el agua limpio, limpio, limpio como lo de esta fuente. Y nadie se atreve a metese p'allá porque el agua haz olas pequeñas, y nun sabes donde naz ni donde se filtra. Ta en medio de tres picos.

Y cuentan una historia de que era un pueblu..., ¡bah!, y que había una paisanina que yera probina y que taba sola. Y había teníu un rapacín o dos de soltera y habían-y muerto. Teníanla por *mundana*. Y ella taba sola, y que yera cuando andaba la Virgen escapá con el niño que-y lu querían quitar. Y fue parar hasta al pozo L'Ausente. ¡Yo eso fáiseme impusible, pero bueno... otras cosas más 'posibles se dieron!

Llegó la Virgen y pedía posá en un sitio, nu-y lo daban; pedía posá en otru, nu-y lo daban. Y fue a en casa de la paisanina esa que tóos la tenían por mala.

Y dijo ella:

—Sí, home, sí, tengo un bon poco de harina, facemos unos *faricos* ('tortas') y *alcánzamos* pa tóos. Voy a pedir la penera, que llevómela emprestá una vecina, voy a pedí-yla pa que me lo dea pa penerar.

Y ceno la Virgen y el niño y ella, y ella tuvo contándo-y que... ¡bah!, que ya yera vieja y que quería morir, porque taba sola y desampará. Y... ¡bah!, que 'bía teníu esta falta y la otra, y que la tenían por mala y no sé cuánto. Y la Virgen a otro día que se despidió d'ella, que ella tranquila.

—¡Tranquila, que muy pronto tendrás muncha suerte!

Y al otro día, el pueblu desapareció y pareció el lago. Y pareció la penera de los faricos bailando encima'l lago. Hundióse tóo, nun quedo nadie, ni la vieja, nin viejos, ni nuevos, ni nenos, ni ná. Pareció el pantano, que nu lo había, y desapareció el pueblo. Ese ye el Pozo del Ausente, porque dicen que ausentaron tóos y quedó eso³¹.

Por su parte, la génesis del lago de Babia también se explica como resultado de una maldición, aunque sin el componente hagiográfico; se trata del grito de dolor de una madre, al comprobar que su hijo ha muerto ahogado por una culebra atraída por el olor de la leche, vieja creencia, recogida ya por los autores clásicos, pero firmemente arraigada todavía en la tradición oral³². Así puede

³¹ Ambas fueron recogidas por Jesús Suárez López en el concejo de Aller durante el verano de 1997; la primera fue narrada por Luisa y la segunda por Bienvenida Pérez. Para la leyenda del lago de Isoba, puede consultarse también a César Morán, «Notas folklóricas leonesas», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 4 (1948), 62-78.

³² Véase *Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 66, n. 88.

verse en estas dos versiones muy próximas, también grabadas por Jesús Suárez López:

Aquí yendo pa Castilla hay una laguna, una laguna que será... ¡quién sabe de los siglos!, que antes que era una tierra, y es muy grandísima —yo conózcola bien— y que tenían cebada sembrada allí n'aquella tierra, y que fuera el matrimonio a segar cebada, y cuando eso que acostaran la niña encima de la paja, encima de lo que tenían segáu —aquí decíamos gaviellas, el montón de la paja—, ya que, bueno, en una ocasión que dijeran:

—Bueno, vamos a asomar a ver la nena cómo se encuentra.

Ya que iba lo último de lo último de la culuebra pola boca de la nena p'adentro. Ya la nena, claro, de momento muerta. Ya entonces que echaran una maldición, dice:

—¡Ay Dios, fundida se viera la tierra antes que nosotros aquí viniéramos! ¡Fundida se viera!

Y cuando se marcharan de la tierra, ya andaban las gavillas todas a nado.

En la segunda recae todo el peso de la historia solo sobre la madre:

Aquí pa Babia hay un pueblo que llaman Lago, Lago de Babia, porque hay una laguna allí d'arriba. Y en esa laguna pues, al parecer, había una tierra sembrada de trigo. Y taba una señora segando trigo, y tenía una nena pequena, y dejó la nena envuelta posada en la tierra. Y vino una culuebra y se la mordió, la picó. Y entós la paisana pues tendría poderes tamién, que echó una maldición a la tierra aquella, que permita Dios se viera hundida antes de veinticuatro horas. Y al día siguiente que taban las gavillas del trigo nadando en agua. Y de allí p'acá hay una laguna allí. Y allí está, la laguna de Lago, el pueblo se llama Lago, Lago de Babia³³.

Antes de regresar a la obra de Luis Mateo Díez, podemos recapitular lo expuesto en los siguientes puntos: 1. En la Edad Media se sitúa en el Camino de Santiago la aparición de un lago de aguas negras como resultado de la maldición de Carlomagno, ante la resistencia que le ofrecieron los habitantes de una misteriosa ciudad, Lucerna, ante sus intentos de conquista; 2. En la tradición folclórica universal la historia pervive transformada habitualmente en un relato hagiográfico, en el que un lago surge y anega un

³³ Jesús Suárez López, *Folklore de Somiedo*, Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2003, págs. 72-73.

pueblo ante el enojo divino por la falta de caridad de sus habitantes; así se cuenta de los lagos de Carucedo, Sanabria y de la laguna de Isoba, entre otros muchos del noroeste español, como el misterioso lago de Antelo en Galicia, cuya leyenda recoge Camilo José Cela en *Mazurca para dos muertos*; 3. Menos habitual es vincular la aparición de un lago con el dolor de una madre ante la muerte de su hijo, como se dice del lago de Babia.

Los atentos lectores de la obra de Luis Mateo Díez habrán reconocido esta última versión por las numerosas veces que el tema asoma entre sus páginas. Y es que la historia de la culebra que mata al recién nacido y la maldición de la madre que hace surgir un lago se incluye en un filandón en *Relato de Babia*, fascinante libro difícil de catalogar, a medio camino entre la ficción y el estudio antropológico, después reaparece sólo con la historia de la culebra, pero sin la maldición, narrada por el pastor Rutilio en *La fuente de la edad* para prevenir a los viajeros de los peligros que les aguardan en él³⁴, y de nuevo la escuchan íntegra en *Las horas completas* Ángel y Manolín de labios de Irene Albares. Como se le hace muy difícil contar su propia desgracia, esta mujer, la única que defiende al Cirria, narra esta otra «que siempre contaba mi marido que era de uno de esos pueblos de la Montaña que inundó el pantano». Se trata de la misma historia, en la que no falta en esta ocasión el detalle que justifica la conducta del animal, pues la madre «antes dio de mamar al niño», y la serpiente se retira sorbiendo «la gota de leche en los labios amoratados»(pág. 160).

En ninguno de estos tres casos se preocupa el autor por el misterioso espacio del lago, como hará en *Camino de perdición*, donde dejará en el aire su origen (solo apuntado como una «leyenda maligna» y de «memoria podrida»), para insistir en sus características de «lago ausente», «misterioso», «sin vida», donde nadie pesca sus truchas y se apunta a que se ha cobrado varios muertos. Este lugar irreal, fuera del tiempo y del espacio, se funde ahora con el recuerdo de la mítica Lucerna, cuyos peces negros también permiten asociarlo con el mundo de ultratumba. Las resonancias del nombre, y su vinculación con el «otro mundo», seguirán atrayendo al autor, quien titula «Pensión Lucerna» a la última de sus tres novelas breves que componen *El diablo meridiano*. Este alojamiento, situado en la fantástica Borela, población oscura y triste cercana a las aguas de una laguna, es considerado por uno

³⁴ *Relato de Babia*, ed. María Payeras, Valladolid, Ámbito, 2003, págs. 158-160; *La fuente de la edad*, ed. cit., pág. 219.

de sus moradores como «uno de esos sitios de los que nunca se vuelve».

En resumen, la temática jacobea vertebrada en cierta medida una gran parte de la producción literaria de Luis Mateo Díez, convirtiéndose en un motivo que nos permite seguir su evolución. En las novelas de su primera etapa, las «novelas de salida» en feliz expresión del autor, la figura del peregrino va creciendo ante nuestros ojos y cobrando una mayor complejidad desde sus primeros cuentos hasta llegar al enigmático personaje de *Las horas contadas*; paralelamente, atento al folclore de su tierra, recoge tres veces la leyenda del lago de Babia, prácticamente sin elaborar, y sin aprovechar todo su potencial simbólico. La aparición de la misteriosa Lucerna en *Camino de perdición* nos permite comprobar cómo se ha ido operando un cambio en su territorio imaginario, reelaborando a su antojo la tradición oral y recreándola si es posible con el «artificio de lo literario»³⁵. Ahora, en las «novelas de llegada», prescinde de la génesis para quedarse con la idea de un lugar misterioso, que conecta también con la laguna Estigia, pasando por el inquietante estanque de aguas negras bajo el que yace la ciudad medieval. La atracción del autor leonés por esta vieja leyenda del Camino de Santiago es también un reflejo de su forma de entender la simbología de las aguas, en la que se oponen las aguas fluviales de los ríos a las estancadas, propias de lagos, embalses o pantanos, evocadoras de la muerte³⁶. A su vez, estos últimos se asocian a otro tema recurrente en su obra, la desaparición del mundo rural, favorecida por estos atentados contra la naturaleza, que destruyen sus pueblos y alteran su paisaje, algo que Luis Mateo Díez, como leonés, conoce muy bien. En síntesis, en su universo narrativo el «motivo de la civilización sepultada por una maldición» le permite expresar su nostalgia por unas formas de vida pasadas, un paraíso perdido, cuya epopeya traza constantemente. De ese modo revive un tema que desde el *Pseudo Turpín* se ha mostrado fructífero, tanto en la tradición folclórica como en la literaria hasta nuestros días.

³⁵ Al referirse a las leyendas de *Relato de Babia*, Luis Mateo Díez observa: «están oídas por mí y transformadas luego por mi estilo, con ciertas pautas premeditadas de aroma romántico, con el artificio de lo literario, pero conservando la emoción o la tensión del relato oral», Carta, reproducida por Ángel G. Loureiro, ed. *Relato de Babia*, Madrid, Austral, 1991, pág. 21, nota 15.

³⁶ M. Payeras, ob. cit., pág. 49; Maria Vittoria Calvi, «El lenguaje del agua en *La fuente de la edad* de Luis Mateo Díez», *Cuadernos de narrativa*, ob. cit, págs. 147-173.